

gravedad que se le suponía. En efecto, Austria escribió en el acto que iba á enviar por fin un ministro á París, Mr. de Degelmann; aparentó deponer al ministro director Thugut, y anunció que Mr. de Cobentzel pasaría al punto que el Directorio fijase para explicarse con un enviado de la Francia respecto al acontecimiento de Viena y las alteraciones ocurridas en Europa después del tratado de Campo Formio. La borrasca parecía, pues, disipada; y además, las negociaciones de Rastadt habían progresado de un modo importante. Después de disputar palmo á palmo la orilla izquierda del Rhin, después de querer reservarse el terreno comprendido entre aquel río y el Mosela, y un pequeño territorio entre el Roer y el Rhin, la diputación del Imperio había concedido por último toda la orilla izquierda, reconociéndose la línea del Rhin como límite natural. Habíase admitido

otro principio no menos importante, el de la indemnización de los príncipes desposeídos por medio de secularizaciones; pero faltaba discutir puntos no menos difíciles: la repartición de las islas del Rhin, la conservación de los puntos fortificados y de los puentes, la suerte de los monasterios y de la nobleza inmediata en la orilla izquierda, el pago de las deudas de los países cedidos á Francia, la manera de aplicar las leyes de la emigración, etc., etc. Estas eran cuestiones difíciles de vencer, sobre todo con la lentitud alemana.

Tal era la situación del continente, y como el horizonte parecía aclararse un poco, Bonaparte obtuvo permiso para marchar á Tolón. Convínose en que Mr. de Talleyrand partiría inmediatamente después para Constantinopla con el objeto de conseguir que la Puerta aprobase la expedición de Egipto.

CAPITULO XIII

Expedición de Egipto. - Salida de Tolón. - Llegada á Malta. - Conquista de esta isla. - Marcha á Egipto. - Desembarco en Alejandría. - Toma de esta plaza. - Marcha al Cairo. - Combate de Chebreiss. - Batalla de las Pirámides. - Ocupación del Cairo. - Trabajos administrativos en Egipto. - Establecimiento de la nueva colonia. - Combate naval de Abukir. - Destrucción de la flota francesa por los ingleses.

Bonaparte llegó á Tolón el 20 floreal del año vi (9 de mayo de 1799), y su presencia regocijó al ejército, que comenzaba á murmurar, temiendo no se pondría á la cabeza de la expedición. Era el antiguo ejército de Italia, rico y cubierto de gloria y del cual podía decirse *que tenía hecha su fortuna*. Por eso mostraba menos celo en guerrear, y era necesaria toda la pasión que le inspiraba su general para decidirle á embarcarse, lanzándole á una empresa desconocida. Sin embargo, dejóse llevar del entusiasmo cuando se presentó en Tolón Bonaparte, á quien no había visto hacía ocho meses, y el cual le dirigió al punto la siguiente proclama sin explicarle su proyecto:

«¡Soldados!

»Vosotros formáis una de las alas del ejército de Inglaterra: habéis hecho la guerra de montañas, de llanuras y de sitio; faltaos la guerra marítima.

»Las legiones romanas, á las que habéis imitado algunas veces, pero no igualado todavía, combatieron á Cartago sucesivamente por mar y en las llanuras de Zama; y la victoria no les abandonó jamás, porque fueron siempre intrépidas, pacientes para soportar la fatiga, disciplinadas y unidas entre sí.

»¡Soldados, la Europa os contempla! Tenéis grandes misiones que cumplir, batallas que empeñar, peligros y fatigas que vencer; haréis más de lo que habéis hecho para la prosperidad de la patria, la felicidad de los hombres y vuestra propia gloria.

»Soldados, marineros, infantes, artilleros y jinetes, permaneced unidos; acordaos que en el día de una batalla os necesitáis unos á otros.

»Soldados, marineros, hasta aquí se os ha descuidado; toda la solicitud de la república es hoy para vosotros; seréis dignos del ejército de que formáis parte.

»El genio de la libertad, que desde su nacimiento ha hecho á la república árbitra de Europa, quiere que lo sea también de los mares y de las más lejanas naciones.»

No se podía anunciar más dignamente una grande empresa, conservando siempre el misterio que debía rodearla.

La escuadra del almirante Brueys constaba de trece navíos de línea, á saber: el *Oriente*, de ciento veinte cañones, montado por el almirante y el general en jefe; dos de ochenta y diez de setenta y cuatro. Había además dos buques venecianos de sesenta y cuatro cañones, seis fragatas venecianas y ocho francesas, setenta

y dos corbetas, balandras, avisos, lanchas cañoneras y otros barcos pequeños de toda especie. Los de transporte, reunidos, tanto en Tolón como en Génova, Ajaccio y Civitavecchia, elevábanse á cuatrocientos. Contábanse, pues, quinientas velas, que iban á flotar á la vez en el Mediterráneo: jamás se había visto en los mares semejante armamento; en la flota iban cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marineros. Se llevaba agua para un mes y víveres para dos.

La escuadra se hizo á la vela el 30 floreal (19 mayo), entre las salvas de artillería y las aclamaciones del ejército. Los vientos contrarios causaron algunos defectos en una fragata á la salida del puerto; y habían ocasionado también tales averías á los tres buques con que cruzaba Nelson, que éste se vió precisado á tocar en las islas de San Pedro para repararlas; y alejado así de la escuadra francesa, no la vió salir. La flota se dirigió primeramente hacia Génova, para reunirse con el convoy que esperaba en aquel puerto bajo las órdenes del general Baraguay-d'Hilliers; enderezó después el rumbo en dirección á Córcega, á fin de recoger el convoy de Ajaccio, mandado por Vaubois; y avanzó seguidamente por el mar de Sicilia con el objeto de reunirse al convoy de Civitavecchia, cuyo jefe era Desaix. Bonaparte formó el proyecto de dirigirse á Malta, para intentar al paso una empresa audaz, cuyo éxito había preparado de antemano por medio de tramas secretas. Quería apoderarse de aquella isla, que dominando la navegación del Mediterráneo, llegaba á ser importante para el Egipto, y que no podía menos de caer muy pronto en poder de los ingleses si no se evitaba.

La orden de los caballeros de Malta era como todas las instituciones de la Edad media: había perdido su objeto y por lo tanto su dignidad y su fuerza; no era ya sino un abuso, provechoso únicamente para aquellos que le explotaban. Los caballeros tenían en España, Portugal, Francia, Italia y Alemania bienes considerables; que les había cedido la piedad de los fieles para proteger á los cristianos cuando iban á visitar los santos lugares; pero ya no había más peregrinaciones de esta especie, teniendo los caballeros por única misión el deber de proteger á las naciones cristianas contra los berberiscos, aniquilando la infame piratería que infestaba el Mediterráneo. Los bienes de la orden bastaban para el mantenimiento de una marina considerable; pero los caballeros no se ocupaban de ningún modo en formar una; sólo tenían dos ó tres fragatas viejas, que

jamás salían del puerto, y algunas galeras que iban á dar y recibir fiestas en los puertos de Italia. Los bailíos y los comendadores, colocados en toda la cristiandad, consumían en la ociosidad y el lujo las rentas de la orden; no se contaba un solo caballero que hubiese hecho la guerra á los berberiscos, y la orden no inspiraba por otra parte ningún interés. En Francia se la había despojado de sus bienes, y Bonaparte los embargó en Italia, sin que se elevase ninguna reclamación en su favor. Ya hemos visto que el general había pensado en buscar inteligencias en Malta, para lo cual ganó á varios caballeros; proponíase intimidarlos con un golpe de audacia, obligándoles á rendirse, porque no tenía tiempo ni medio para emprender un ataque regular contra una plaza considerada como inexpugnable. La orden, que hacía algún tiempo presentaba sus peligros al ver á las escuadras francesas dominar en el Mediterráneo, se puso bajo la protección de Pablo I.

Bonaparte hacía grandes esfuerzos para reunirse con la división de Civitavecchia, y no pudo conseguirlo sino en el mismo Malta. Las quinientas velas francesas se desplegaron á la vista de la isla el 21 pradiel (9 junio), veintidós días después de su salida de Tolón. La vista de la flota difundió la alarma en la ciudad de Malta. A fin de tener un pretexto para detenerse, y también un motivo de contestaciones, Bonaparte pidió al gran maestre la facultad de hacer agua. El gran maestre, Fernando de Hompesch, contestó con una negativa absoluta, alegando los reglamentos, que no permitían introducir á la vez más de dos buques de potencias beligerantes. Los ingleses, sin embargo, habían sido acogidos de muy distinto modo cuando se presentaron. Bonaparte dijo que esto era una prueba de la más insigne malevolencia, y acto continuo dispuso el desembarco. Al día siguiente 22 pradiel (10 junio), las tropas francesas desembarcaron en la isla, cercando completamente la Valette, que cuenta unas treinta mil almas de población y que es una de las plazas más fuertes de Europa. Bonaparte mandó desembarcar la artillería para cañonear los fuertes; los caballeros contestaron á su fuego, aunque mal, y habiendo intentado hacer una salida, muchos de ellos quedaron prisioneros, propagándose entonces el desorden en el interior. Algunos caballeros franceses declaróron que no podían batirse contra sus compatriotas; encerróse á varios en los calabozos, cundió la perturbación y los habitantes querían rendirse. El gran maestre, hombre de poca energía, que recordaba la generosidad del vencedor de Rívoli en Mantua, pensó en salvar sus intereses del naufragio, mandó salir de la prisión á uno de los caballeros franceses que había encarcelado, y envióle á Bonaparte para negociar. Muy pronto quedó cerrado el trato: los caballeros cedían á Francia la soberanía de Malta y las islas dependientes. Francia prometía en cambio su intervención en el congreso de Rastadt, á fin de obtener para el gran maestre un principado en Alemania, y á falta de él le aseguró una pensión vitalicia de trescientos mil francos y una indemnización de seis mil en dinero contante. Concedió á cada caballero francés setecientos francos de pensión, y mil á los seixagenarios, prometiendo su mediación para que los de los demás países fueran puestos en posesión de los bienes de la orden en sus naciones respectivas. Tales fue-

ron las condiciones con las cuales entró Francia en posesión del primer puerto del Mediterráneo y uno de los más fuertes del mundo. Era necesario el ascendiente de Bonaparte para obtenerle sin lucha; necesitábase su audacia para atreverse á perder algunos días hallándose perseguido por los ingleses. Al recorrer la plaza, Caffarelli-Dufalga, tan ingenioso como intrépido, y mientras admiraba las fortificaciones, pronunció estas palabras: *No ha sido poca fortuna encontrar en la plaza quien nos abra las puertas.*

Bonaparte dejó á Vaubois en Malta con tres mil hombres de guarnición, confiando á Regnaud de Saint-Jean d'Angely el cargo de comisario civil. Hizo todos los reglamentos administrativos que eran necesarios para el establecimiento del régimen municipal en la isla, y mandó que la escuadra se hiciese á la vela en el acto con rumbo á la costa de Egipto.

Se levó el ancla el 1.º mesidor (19 de junio), después de una estación de diez días. Lo esencial era entonces no encontrar á los ingleses. Nelson, después de reparar las averías en las islas de San Pedro, había recibido un refuerzo de diez navíos de línea y varias fragatas, con lo cual formó una escuadra de trece navíos de alto bordo y otros de menor importancia. Había vuelto el 13 pradiel (1.º de junio) á la vista de Tolón; pero hacía ya doce días que estaba fuera la escuadra. Desde Tolón corrió á la rada de Tagliamón, y de aquí á Nápoles, adonde llegó el 2 mesidor (20 de junio) en el momento mismo en que Bonaparte salía de Malta. Al saber que los franceses se dirigían á este punto, siguiólos al momento, con la intención de atacarles si les daba alcance.

Toda la escuadra francesa estaba dispuesta al combate; comprendíase la posibilidad de encontrar á los ingleses, y nadie se inquietaba por ello. Bonaparte había repartido en cada navío de línea quinientos hombres de su elección, á quienes se acostumbraba diariamente al manejo de los cañones, y á la cabeza de los cuales figuraba uno de los jefes tan bien acostumbrados al fuego bajo sus órdenes. Bonaparte tenía un principio sobre la táctica marítima, y era que cada buque debía proponerse por único objeto alcanzar á otro, combatirlo y abor-darle. Había dado sus órdenes en consecuencia, y contaba con la bravura de las tropas elegidas que iban en cada navío: adoptadas estas precauciones, navegaba tranquilamente hacia Egipto. Aquel hombre, que, según absurdos detractores, temía las peripecias del mar, abandonábase tranquilamente á la fortuna en medio de las flotas inglesas, y había tenido la audacia de perder algunos días en Malta para apoderarse de la isla. En la flota reinaba la alegría; ignorábase aún adónde se iba; pero comenzaba á divulgarse el secreto, y esperábase con impaciencia divisar las riberas que se trataba de conquistar. Por la noche se reunían con el general en jefe los sabios y los oficiales que iban á bordo del *Oriente*, y allí comenzaban las ingeniosas y sabias discusiones del instituto de Egipto. Hubo un momento en que la escuadra inglesa estuvo á pocas leguas del inmenso convoy francés, sin que lo supieran ni unos ni otros. Nelson, comenzando á sospechar que los franceses se habían dirigido á Egipto, hizo vela para Alejandría, y se adelantó á ellos; mas no habiéndolos encontrado, voló hacia los Dardanelos para ver si los hallaba. Por una feliz casualidad, la expedición francesa no llegó á la vista de Alejandría

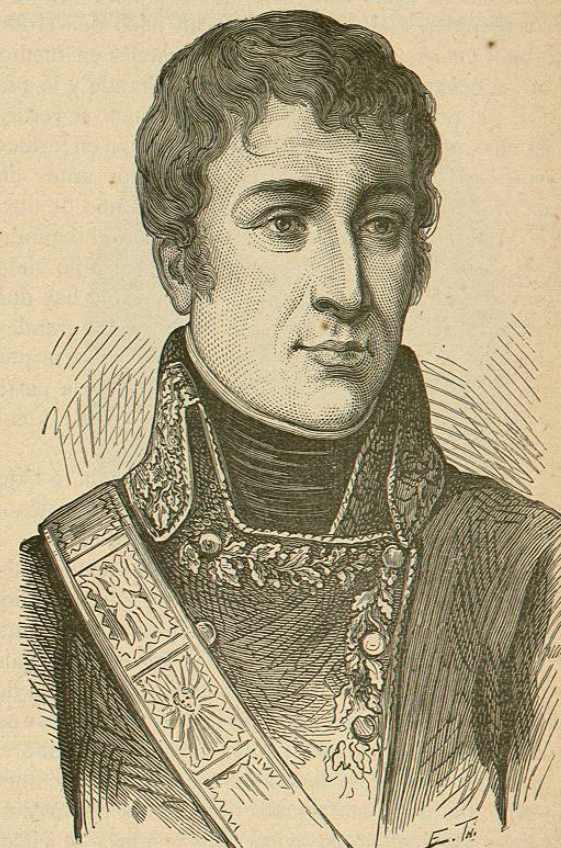
hasta el día siguiente 13 mesidor (1.º de julio). Hacía mes y medio, poco más ó menos, que había salido de Tolón.

Bonaparte envió inmediatamente á buscar al cónsul francés, el cual le dijo que los ingleses se habían presentado el día antes, y juzgándoles inmediatos, quiso intentar el desembarco al momento. No podía entrar en el puerto de Alejandría, porque la plaza parecía hallarse resuelta á defenderse; era necesario bajar á cierta distancia á la playa vecina en una ensenada llamada del Marabut. Silbaba un horroroso viento y la mar se estrellaba furiosa contra los escollos de la costa. Era cerca del anochecer: Bonaparte dió la señal y quiso bajar inmediatamente. Primeramente descendió él en una chalupa, y los soldados pedían á gritos seguirle á la costa. Empezaron á echar al agua los botes, pero la turbulencia de las olas les exponía á estrellarse unos contra otros; al fin después de grandes peligros, llegaron á la playa. Al mismo tiempo apareció una vela en el horizonte, y creyendo Bonaparte que sería alguna embarcación de la escuadra inglesa, exclamó: *Fortuna, ¡ya me abandonas! ¡Ah! ¡Ni siquiera cinco días!* La fortuna no le abandonaba porque era una fragata francesa que venía á incorporarse á él. A duras penas lograron desembarcar cuatro ó cinco mil hombres en el transcurso de la noche. Bonaparte resolvió marchar inmediatamente á Alejandría para sorprender la plaza y no dar tiempo á los turcos de hacer los preparativos de defensa, emprendiendo en seguida la marcha sin haber desembarcado un solo caballo. Bonaparte y su estado mayor y hasta el mismo Caffarelli, á pesar de su pierna de madera, anduvieron cuatro ó cinco leguas á pie por los arenales, llegando al rayar el alba á la vista de Alejandría.

Aquella antigua ciudad, fundada por Alejandro, no tenía ya sus magníficos edificios, sus innumerables case-ríos ni su inmensa población, pues se hallaba arruinada en sus tres cuartas partes, y los turcos, los opulentos egipcios y los comerciantes europeos habitaban en la ciudad moderna, que era la única parte que se conservaba. Algunos árabes vivían entre los escombros de la antigua ciudad, y una ruinoso muralla, defendida por algunas torres, comprendía la nueva y antigua ciudad, extendiéndose alrededor los arenales que en el Egipto se adelantan á medida que la civilización retrocede.

Los cuatro mil franceses mandados por Bonaparte llegaron al amanecer, y no encontraron por aquellas arenosas playas sino unos cuantos árabes que, después de disparar algunos tiros, se ocultaron en el desierto. Bonaparte dividió á sus soldados en tres columnas. Bonaparte marchó con la primera por la derecha, hacia la puerta de Roseta; Kléber con la segunda dirigióse por el centro hacia la puerta de la Columna, y Menou con la tercera se adelantó hacia la izquierda y puerta de las Catacumbas. Los árabes y los turcos, excelentes soldados detrás de una muralla, hicieron un terrible fuego; pero los franceses subieron por medio de escalas y saltaron la muralla antigua. Kléber fué el primero que cayó herido de un balazo en la frente. Arrojaron á los árabes de ruina en ruina hasta la ciudad nueva, y el combate iba á prolongarse ya de calle en calle y á hacerse horrible, cuando un capitán turco sirvió de mediador para negociar un convenio. Bonaparte declaró que no iba á asolar el país, ni á privar de él al Gran Señor, sino á

librarle de la dominación de los mamelucos y vengar los ultrajes que éstos habían hecho á Francia. Prometió conservar las autoridades del país, que las ceremonias religiosas continuarían como antes, y que respetaría las propiedades, etc., y mediante estas condiciones cesó la resistencia, quedando en el mismo día dueños los franceses de Alejandría. El resto del ejército había entretanto acabado de desembarcar, y se trataba de poner la escuadra al abrigo, bien fuese en el puerto, ó ya en alguna de las próximas ensenadas, establecer en Alejandría una administración conforme á las costumbres del



Caffarelli-Dufalga

país, y acordar un plan de invasión para apoderarse del Egipto. Por de pronto ya habían pasado los riesgos del mar y el encuentro con los ingleses, y se habían vencido los mayores obstáculos con aquella felicidad que parece acompaña siempre á la juventud de un grande hombre.

El Egipto es uno de los países más singulares, el mejor situado, y uno de los más fértiles de la tierra. Su posición es muy conocida: el África se comunica con Asia por medio de un istmo de algunas leguas llamado de Suez, que si estuviera cortado, daría entrada desde el Mediterráneo al mar de las Indias, ahorraría á los navegantes ir á inmensas distancias y en medio de terribles tormentas á doblar el Cabo de Buena Esperanza. Egipto está paralelo al mar Rojo y al istmo de Suez, que le domina. Este país era entre los antiguos y en la Edad Media, durante la prosperidad de los venecianos, la escala del comercio de la India: tal es su posición entre el Occidente y el Oriente. Su forma y su fertilidad terrestre no son menos extraordinarias. El Nilo, que es uno de los grandes ríos del orbe, nace en las montañas de la Abisinia, camina seiscientos leguas por los desiertos de

Africa, entra después en el Egipto, ó más bien se precipita en él por las cataratas de Siena, y recorre aún doscientas leguas hasta el mar. Sus orillas forman todo el Egipto, pues es un valle de doscientas lenguas de longitud por cinco ó seis de anchura. Por ambas partes le guarnece un mar de arena, que atraviesa tristemente algunas cordilleras de montañas bajas, estériles y desiguales, trazando apenas algunas sombras en su vasto espacio. Las unas separan el Nilo del mar Rojo; las otras del gran desierto, en donde van á perderse. En la orilla izquierda del Nilo y á cierta distancia serpentean dos lenguas de tierra cultivable, que son una excepción de los arenales, están cubiertas de un poco de verdor y forman los *oasis*, especie de islas vegetales en medio de aquel océano de arena. Hay dos, la grande y la pequeña, y si por medio de un esfuerzo humano se vertiese en ellas un brazo del Nilo, se convertirían en fértiles provincias. El Nilo se divide en dos brazos antes de llegar al mar, y van á caer á sesenta leguas uno de otro en el Mediterráneo, el primero en Roseta, y el segundo en Damietta. En otro tiempo se conocían al Nilo siete desembocaduras, que aún se ven, aunque sólo hay dos navegables. El triángulo formado por estos dos grandes brazos con el mar tiene sesenta leguas en su base por cincuenta en los lados, y se llama el Delta; es la parte más fértil del Egipto, porque es la mejor bañada, atendido que la cruzan numerosos canales.

Todo el país se divide en tres partes: el Delta, ó bajo Egipto, llamado Bahireh; el Egipto central, que denominan Oestanieh, y el alto Egipto, titulado Said.

Los vientos etesios, que soplan constantemente de Norte á Sud, durante los meses de mayo, junio y julio, impelen todas las nubes formadas en la embocadura del Nilo, de modo que no queda una sola en aquel país siempre sereno, alejándose todas hacia los montes de Abisinia. Allí se aglomeran estas nubes, resuélvense en lluvia, durante los meses de julio, agosto y septiembre, y producen el célebre fenómeno de las inundaciones del Nilo; de modo que aquella tierra recibe por los desbordamientos del río las aguas que le niega el cielo: como no llueve jamás, los pantanos del Delta, que serían pestilentes bajo el cielo de Europa, no producen en Egipto una sola fiebre. Después de la inundación, el Nilo deja un limo fértil, que es la única tierra cultivable en sus orillas, y que produce esas abundantes cosechas destinadas en otro tiempo para el alimento de Roma. Cuanto más se extiende la inundación, más tierra cultivable deja; y los propietarios de esta tierra, nivelada todos los años por las aguas, se la dividen por deslinde anualmente, á lo cual se debe que esta operación sea un gran arte en Egipto. Los canales podrían extender la inundación, y tendrían la ventaja de disminuir la rapidez de las aguas, contenerlas más tiempo, y extender la fertilidad á expensas del desierto.

En ninguna parte podría producir el trabajo del hombre efectos más saludables; en ninguna parte sería tan apetecible la civilización. El Nilo y el desierto se disputan á Egipto, y la civilización es la que daría al primero el medio de vencer al segundo, obligándole á retroceder. Créese que Egipto alimentaba en otro tiempo á veinte millones de habitantes, sin contar los romanos: apenas había bastante para mantener á tres millones de almas cuando llegaron los franceses.

La inundación termina poco á poco en septiembre, y entonces comienzan los trabajos en los campos.

Durante los meses de octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero la campaña de Egipto ofrece un aspecto encantador de fertilidad y frescura; entonces aparece cubierta de las cosechas más ricas, esmaltadas de flores, y cruzada por numerosos rebaños. En marzo comienzan los calores, y la tierra se agrieta tan profundamente, que es á veces peligroso viajar á caballo. Los trabajos en los campos han terminado ya, recogiendo los egipcios todas las riquezas del año. Además de los trigos, el Egipto produce el mejor arroz y las más hermosas legumbres, azúcar, añil, sen, cañafístula, natrón, lino, cáñamo y algodón, todo con maravillosa abundancia. Fáltanle los aceites, pero los halla enfrente, en Grecia; carece también de tabaco y de café, mas encuéntralos á su lado, en Siria y Arabia. No falta tampoco maderas, porque no podría desarrollarse la gran vegetación en aquel limo anual que el Nilo deposita en un fondo de arena; algunos sicomoros y varias palmeras son los únicos árboles de Egipto; pero á falta de leña se quema el estiércol de vaca. En Egipto se crían inmensos rebaños; abundan las aves de toda especie, y hay admirables caballos, célebres en el mundo por su hermosura, su ligereza y su familiaridad con el hombre.

También se halla allí ese útil camello, que puede comer y beber para varios días, cuyo pie se hunde sin fatiga en las arenas movibles, y que semejante á un navío viviente, sirve para cruzar aquellos mares de arena.

Todos los años llegan al Cairo innumerables caravanas, que abordan como flotas por ambos lados del desierto; las unas proceden de Siria y de Arabia, y las otras de Africa y de las costas de Berbería. Llevan todo cuanto es propio de los países del sol, el oro, el marfil, las plumas, los chales inimitables, los perfumes, las gomas, los aromas de toda especie, el café, el tabaco, las maderas y los esclavos.

El Cairo se convierte en un emporio magnífico de los más ricos productos del globo, de los que jamás podrá imitar el poderoso genio de los occidentales, porque el sol es el que los da, y la delicadeza del gusto la que los hace apetecibles. Por eso es el comercio de la India el único á que no pondrán fin los adelantos de los pueblos. No sería, pues, necesario convertir á Egipto en un puesto militar para aniquilar violentamente el comercio de los ingleses; bastaría establecer un depósito con la seguridad, las leyes y las comodidades europeas, para atraer á él las riquezas del mundo.

La población que ocupa el Egipto es, así como las ruinas de las ciudades que le cubren, un cúmulo de restos de varios pueblos. Coptos, antiguos habitantes de Egipto; árabes, que conquistaron el país de aquéllos, y turcos, conquistadores de los árabes: tales son las razas cuyos restos pululan miserablemente en una tierra de que son indignos. Cuando los franceses llegaron, contábase doscientos mil coptos cuando más; desgraciados, pobres y embrutecidos, dedicábanse, como todas las clases proscriptas, á los más viles oficios. Los árabes formaban casi la mayoría de la población: descendientes de los compañeros de Mohoma, su condición variaba á lo infinito; algunos de ellos, de elevado nacimiento, hacían remontar su origen hasta el mismo Mahoma; grandes propietarios, con algunos vestigios del saber

árabe, y reuniendo á la nobleza las funciones del culto y de la magistratura, eran con el título de jeques los verdaderos grandes de Egipto. En los divanes representaban al país cuando sus tiranos querían dirigirse á él, y en las mezquitas formaban una especie de universidades, donde enseñaban la religión, la moral del Alcorán y un poco de filosofía y jurisprudencia.

La gran mezquita de Jemil-Azar era el primer cuerpo sabio y religioso de Oriente; después de estos grandes propietarios figuraban los inferiores, constituyendo la segunda y más numerosa clase de los árabes; y en último término contábase los proletarios, quienes se hallaban en la situación de verdaderos siervos. Estos últimos eran campesinos jornaleros, llamados fellahs, que cultivaban la tierra, y vivían en la mayor miseria y abyección. Había también una cuarta clase, que eran los beduinos ó árabes errantes: éstos no habían querido establecerse en el país, y eran hijos del desierto. Montados en caballos ó camellos y guiando numerosos rebaños vagaban en busca de pastos por algunos oasis, ó iban todos los años á sembrar en los linderos de tierra cultivable en los confines del Egipto. Su oficio era escoltar á las caravanas ó prestar sus camellos para los transportes; pero bandidos sin fe, saqueaban á menudo á los mercaderes cuando los acompañaban ó prestaban sus animales. Algunas veces llegaron hasta el punto de violar la hospitalidad que se les concedía en las tierras cultivables; precipitábanse sobre aquel valle del Nilo, que sólo tiene cinco leguas de anchura y donde es tan fácil penetrar; saqueaban los pueblos, y montando en sus caballos, alejábanse con su botín hasta el fondo del desierto. El descuido de los turcos era la causa de que semejantes desmanes quedaran siempre impunes, pues tan mal luchaban contra los bandidos del desierto como contra sus arenas. Aquellos árabes errantes, divididos en tribus en ambos lados del valle, figuraban en número de ciento á ciento veinte mil, y podían reunir hasta veinticinco mil jinetes, intrépidos y buenos para hostigar al enemigo, pero jamás para combatirle.

Ultimamente, la tercera raza era la de los turcos; pero tenía tan poca gente como la de los coptos, es decir, no contaba á lo sumo con más de doscientos mil individuos. Dividiáse en turcos y mamelucos: los primeros, llegados después de la última conquista de los sultanes de Constantinopla, casi todos estaban inscritos en la lista de los genizaros; pero sabido es que sólo se inscriben para gozar de los privilegios de tales, y que pocos se hallan realmente de servicio; sólo había algunos pocos en la milicia del bajá. Este último, enviado de Constantinopla, representaba al sultán en Egipto; mas apenas escoltado por algunos genizaros, vió desvanecerse su autoridad por las mismas precauciones que el sultán Selim adoptó en otro tiempo para conservarla. Este sultán, juzgando que por su alejamiento podría escapar el Egipto de la dominación de Constantinopla, y que á un bajá ambicioso y hábil no le sería difícil crear un imperio independiente, imaginó un contrapeso, instituyendo la milicia de los mamelucos; pero como no se pueden vencer las condiciones físicas que hacen á un país dependiente ó independiente de otro, en vez del bajá, fueron los mamelucos los que se emanciparon de Constantinopla, haciéndose dueños del Egipto.

Los mamelucos eran esclavos comprados en Circasia,

elegidos entre los niños más hermosos del Cáucaso; conducidos muy jóvenes á Egipto, y educados, sin darles á conocer su origen, en el ejercicio y la afición á las armas, llegaban á ser así los más bravos y ágiles jinetes de la tierra. Enorgullecíanse de no conocer origen, de haber sido comprados á un alto precio y de ser hermosos é intrépidos. Tenían veinticuatro beys, que eran sus propietarios y jefes, hallándose á las órdenes de cada cual quinientos ó seiscientos mamelucos, á los que cuidaba de alimentar como un rebaño, transmitiéndole á veces á sus hijos, y más á menudo á un favorito, que llegaba á ser bey á su vez. Cada mameluco tenía á su servicio dos fellahs, componiéndose la milicia entera de



Villoteau

unos doce mil jinetes, servidos por veinticuatro mil siervos. Eran los verdaderos dueños y tiranos del país, y vivían del producto de las tierras pertenecientes á los beys, ó de la renta de los impuestos establecidos bajo todas las formas. Los coptos, de quienes ya hemos dicho que se dedicaban á los más viles oficios, eran sus cobradores, sus espías y sus agentes de negocios, porque los hombres embrutecidos se ponen siempre al servicio del más fuerte. Los veinticuatro beys, iguales por el derecho, no lo eran de hecho; hacíanse la guerra, y el más fuerte, acometiendo á los demás, gozaba de una soberanía temporal. Era del todo independiente del bajá que representaba al sultán de Constantinopla, tolerándole sólo en el Cairo como una especie de nulidad; y á menudo le rehusaba el *miri*, ó sea el impuesto territorial, que representando el derecho de conquista, pertenecía á la Puerta.

El Egipto era, pues, un verdadero feudalismo como el de Europa en la Edad Media; presentaba á la vez un pueblo conquistado, una milicia conquistadora, rebelada contra su soberano, y por último, una antigua clase embrutecida, asalariada y al servicio del más fuerte.

Dos beys superiores á los otros dominaban en aquel momento en Egipto: el uno era Ibrahim-Bey, rico, astuto y poderoso; el otro Murad-Bey, intrépido y lleno de ardimento. Habían convenido en una especie de repartición de su autoridad, por la cual Ibrahim gozaba